

ENRIG BALASCH

LA  
CRUZ  
DE  
TAU

Una novela  
apasionante que  
desvela los códigos  
templarios ocultos  
en la obra de  
*Gaudí*  
y la intrigante  
relación del artista  
con la Orden

SUMA



# La cruz de Tau

Enric Balasch

*A la memoria de mi abuela paterna, Francisca Víctor Izaguirre, por su entrega y amor y las incontables tardes de cine, zarzuela, teatro y conciertos que me regaló.*

## Testimonio de gratitud

Esta novela ha visto la luz gracias a la colaboración, apoyo y entusiasmo de muchas personas, a las que deseo hacer público mi agradecimiento desde las primeras páginas. Quiero dar las gracias a la periodista Yolanda Ruiz Arranz por su inestimable ayuda en las labores de documentación, y por organizar y coordinar un viaje a Croacia que me permitió localizar exteriores en Zagreb y Dubrovnik, y otros con el mismo propósito a Nápoles, Elanchove y al cañón del río Lobos; a Jorge H. Melgarejo, periodista y corresponsal de guerra que vivió durante más de diez años la guerra de los Balcanes en primera persona, por sus muchas y precisas notas que me han sido de gran utilidad para perfeccionar el personaje de Juraj Vrancic; a Antonio Terrón, fotógrafo profesional, por sus muchos consejos que he aprovechado para componer el personaje de Pascual Arrese; a Ljiljana Jesic por guiarnos en las calles de Zagreb y Samobor, mostrarnos rincones insólitos y adentrarnos en la idiosincrasia del pueblo croata; a Silvia Bastos, mi agente literario, por confiar en mí desde el primer momento, por sus muchas indicaciones siempre pertinentes y por el cariño y dedicación que presta a mis originales; a Ana Rosa Semprún por sus consejos a la hora de ponerme a escribir, que me ayudaron a mejorar el resultado final; a Gonzalo Albert, mi actual editor, por sus desvelos profesionales; y a Pablo Álvarez, director de Suma, por su interés y atención. Gracias de corazón a todos.



*Concluyo, sin dudar, que en esta postrera edad del mundo tendrán el gozo de poseer el secreto.*

Ireneo Filaleteo

*Ardua tarea es penetrar en las cualidades reales de cada cosa.*

Demócrito de Abdera

*Hay que trabajar mucho para salir adelante.*

Antonio Gaudí

## I

*Barcelona*  
*Templo Expiatorio de la Sagrada Familia*  
*Lunes, 7 de junio de 1926*

Antonio Gaudí pasó el día encerrado en su estudio. Sobre un elevado tramo de peldaños de madera había instalado el taller de dibujo y el laboratorio de fotografía, dotados de un techo corredizo para que penetrara la luz natural. Junto a esta dependencia, otra habitación albergaba una maqueta de la Sagrada Familia a escala 1:10, y todavía en otra alcoba, colgados del techo, Gaudí almacenaba diversos modelos utilizados para otros tantos experimentos. Su colaborador y amigo, Lorenzo Matamala, definió con acierto aquel cementerio de ideas como una «cueva de reptiles».

La casa del parque Güell también se había convertido en un lugar siniestro tras las muertes de su padre Francisco y su sobrina Rosa Egea. Sólo dos hermanas carmelitas acudían un par de veces a la semana para lavarle la ropa y asear la vivienda. Su amigo el obispo Torres y Bages falleció en 1916, y dos años después le siguió su mecenas, Eusebio Güell. Sin familia ni amigos íntimos sólo le preocupaba terminar su obra cumbre. La soledad y la distancia que separaba el parque Güell de la Sagrada Familia le decidieron a

mudarse y durante el otoño de 1925 se instaló en el templo. Un reducido habitáculo, dotado de un catre de madera, le servía para dormir, y una misérrima cortina separaba su cama del resto de estancias. Hacía cuarenta y un años que el maestro arquitecto dedicaba su vida por entero a la Sagrada Familia, y sólo seis meses que vivía en el templo.

Llevaba muchas horas trabajando. Se acarició sus cabellos cortos y canos en un signo de fatiga. Cada día le costaba más trazar planos y dibujos porque sus manos, débiles y huesudas, sostenían con dificultad el lápiz a causa de la artritis. Había tenido un día muy agitado, pero finalmente su inquietud de años encontraba sosiego. Por fin había cumplido la promesa hecha a su padre, por fin el secreto Gaudí estaba a salvo: después de siglos había culminado la misión que el Señor había encomendado a los Gaudí.

La noche que su padre le confió el secreto, su vida dio un giro. Una noche oscura de 1894. Tenía cuarenta y dos años, y ahora lo recordaba como si acabara de suceder. A partir de entonces, muchas veces se descubría extasiado como un místico del Medievo, y sus ojos, de un azul claro, se llenaban del brillo intenso de las mentes alucinadas.

Su misión como arquitecto de Dios le obligaba a construir un templo para gloria del Señor, pero también a transformar la piedra bruta, el Caos, en la victoria del Creador, a convertir los bloques de piedra extraídos de la cantera de Montjüic en una alabanza a Dios, al Orden Universal. El repicar constante de los martillos, cinceles y cortafríos de los operarios, que llegaba a su estudio como el eco de un murmullo lejano, se le antojaba un coro de ángeles. Golpe a golpe el templo tomaba forma. Había concluido la fachada del Nacimiento, y pronto la dotaría de una policromía, a semejanza de las antiguas iglesias románicas.

Completó el esbozo de una campana y dejó el lápiz sobre la cartulina. Llevaba meses estudiando el sonido y la

forma de las ochenta y cuatro campanas que debían albergar las torres para que tañeran en una sola voz. Se mesó su barba blanca, se quitó el guardapolvos y alisó instintivamente su desaliñada ropa. Echó una última mirada a su mesa de trabajo como si olvidara algo. Sólo vio planos, croquis, bocetos de imágenes que componían escenas bíblicas, libros de arquitectura de su admirado Viollet-le-Duc... Respiró con fatiga y apagó la escasa luz de una lámpara de tulipa de cristal.

—Vicente —dijo Gaudí al despedirse de su ayudante —, mañana venga temprano que haremos cosas muy bonitas.

—¿Ya se marcha, maestro?

—Sí —respondió frotándose los ojos para librarse del escozor—. Por hoy es suficiente.

Caminaba lento, apoyado en su bastón para mantener el equilibrio como el funámbulo aferrado a su pértiga. Tenía setenta y tres años, y faltaba poco más de dos semanas para celebrar su septuagésimo cuarto aniversario. Salió del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia y se detuvo unos instantes para escuchar las sirenas que marcaban el final de una larga y dura jornada de trabajo en el barrio de Sant Martí de Provençals. Después ululó la sirena de la fábrica de cervezas Damm y sus casi mil trabajadores inundaron las calles.

Cada tarde, al concluir su trabajo, Gaudí efectuaba el mismo recorrido, unos tres kilómetros desde la Sagrada Familia a la iglesia de San Felipe Neri, para visitar a su consejero espiritual, el padre Agustín Mas. Se detenía unos minutos en el quiosco de prensa de la plaza de Urquinaona y compraba La Veu de Catalunya. Lo doblaba, lo pinzaba bajo la axila y continuaba su peregrinación hasta la iglesia. Ya de noche regresaba a la Sagrada Familia para cenar dos to-

rrijas untadas con miel y un puñado de uvas pasas. Sólo alteraba su monótona rutina para visitar al sacerdote José Pedragosa Monclús, que regentaba la llamada Casa de Familia, un refugio para delincuentes que tras cumplir condena abandonaban la cárcel Modelo de Barcelona. Gaudí dormía muchas noches en ese refugio, rodeado de ladrones, como Jesucristo en la cruz.

Ese día descendió por la calle Bailèn hasta el cruce de la Gran Vía de les Corts Catalanes. Miró el reloj. Las seis de la tarde. El centro de la avenida lo ocupaban los cuatro raíles de los tranvías. Cruzó la calle sin escuchar el estridente campanilleo del tranvía 30. Abstraído en sus pensamientos, en cómo solucionar la estructura de las campanas, prosiguió su marcha hacia el centro de la calzada. Cruzó la primera vía. El conductor del tranvía frenó. El chirriar de las ruedas metálicas sobre los raíles hizo reaccionar a Gaudí. Se echó hacia atrás para retroceder, pero el tranvía que circulaba en sentido opuesto lo arrolló. La fuerza del impacto lanzó el cuerpo del arquitecto contra un poste del tendido eléctrico. Gaudí cayó al suelo inerte. El conductor detuvo el vehículo. Se bajó e inspeccionó al moribundo sin reconocerlo. Le pareció un mendigo borracho. Hizo a un lado el cuerpo y continuó su trayecto. Gaudí sangraba por un oído. Un grupo de peatones acudieron a socorrerle. En cuatro ocasiones intentaron que un taxi le llevara al hospital, pero los chóferes se negaban, más preocupados por las manchas de sangre que dejaría en su tapicería que por la vida de aquel supuesto vagabundo borracho (posteriormente tres de los taxistas fueron sancionados por denegación de auxilio).

Por último, gracias a la colaboración de un guardia civil, un taxi, conducido por Ramón Cos, de la Compañía General de Coches y Automóviles, trasladó al herido al dispensario de la Ronda de Sant Pere. Los médicos le diagnosticaron rotura de costillas, conmoción cerebral y hemorragia interna en un oído. La gravedad de las heridas acon-

sejó trasladarlo al hospital Clínico, pero los empleados de la ambulancia, a punto de finalizar su turno laboral, decidieron llevarle al vecino hospital de la Santa Cruz, en la calle del Carme. Al efectuar el ingreso nadie le reconoció. Se le asignó la cama número 19 de la sala pública, y el maestro agonizó durante toda la noche.

Pasadas las ocho de la tarde, el padre Gil Parés se alarmó al comprobar que Gaudí no había regresado al templo de la Sagrada Familia. Llamó al arquitecto Sugrañés e iniciaron la búsqueda por hospitales, clínicas y comisarías. Al recabar información en el dispensario de la Ronda de Sant Pere, uno de los facultativos dijo al padre Gil Parés que un vagabundo, cuya descripción encajaba, había sufrido un accidente de tráfico. Le registraron los bolsillos, pero no llevaba ningún tipo de documentación. Sólo una Biblia y un puñado de pasas y nueces. No podía tratarse del insigne arquitecto. Si hasta se sujetaba los calzones con imperdibles...

A falta de otra cosa, el padre Gil Parés decidió seguir la pista del vagabundo, y así encontró a Gaudí agonizante en la sala pública del hospital de la Santa Cruz. A la mañana siguiente, Gaudí recobró el sentido y solicitó que le administraran los Santos Sacramentos. Mientras tanto, la noticia de su accidente corrió como un reguero de pólvora por la ciudad. Sin perder un minuto, las autoridades municipales ordenaron trasladarle a una habitación privada de la sala de la Inmaculada y ponerle al cuidado personal de los doctores Homs, Thenchs y Bosch. Varios personajes de la vida pública y allegados, entre ellos los canónigos administrativos del hospital de la Santa Cruz, los doctores Auget y Vila-seca, el conde Güell, el arquitecto Martorell, la marquesa de Castelludosrius, el concejal señor Mariné, y representantes del Colegio de Arquitectos, el Orfeón Catalán y el Instituto de Cultura, acudieron al hospital. Gaudí permaneció en silencio. El dolor que le ocasionaban las costillas rotas le impedía respirar con normalidad. Sólo musitaba: «Jesús,

Dios mío», y aferraba con la mano un crucifijo. En la edición matutina del miércoles los periódicos informaron del trágico accidente. La gente no se creía lo ocurrido. Finalmente, el jueves 10 de junio de 1926, a las cinco de la tarde, Gaudí entregó su alma a Dios. Su cuerpo fue velado por los arquitectos Isidro Puig, César Martinell, Pelayo Martín, Ángel Truñó, y otros.

Parte de su legado histórico pereció dos semanas después de su muerte, a manos de las monjas carmelitas encargadas de su casa del parque Güell. Las hermanas vendieron a un trapero todas sus pertenencias. El resto desapareció el 20 de julio de 1936. Ese día la cripta de la Sagrada Familia conoció la profanación de las hordas anticlericales, que respondían quemando conventos e iglesias a la insurrección fascista del general Franco. Los archivos y maquetas que se conservaban en la Sagrada Familia, junto con numerosos libros, planos, láminas, croquis y dibujos, arrieron hasta convertirse en cenizas.

## Capítulo 1

Una llamada de teléfono siempre entraña una sorpresa, pero sólo el destino sabe si buena o mala. Sentado en su sillón de piel, con orejeras aptas para siestas, arropado por las voces cantarinas de los actores de un culebrón sudamericano, Sebastián Munárriz escuchaba el timbre del aparato entre la duermevela de la digestión, sin acertar si aquel reclamo estridente correspondía a la vida real o al serial que emitía un canal de televisión. Dormía la siesta los fines de semana, en especial las tardes de otoño e invierno cuando a las cinco el sol declinaba manso en los tejados, la noche caía sobre la ciudad y un alto en las obligaciones de su trabajo le permitía refugiarse en su apartamento del barrio de Gracia.

Buscó a tientas el mando a distancia e instintivamente bajó el volumen, pero los timbrazos sonaban altos y claros en el salón. La cabeza estaba a punto de estallarle. El timbre insistía con su campanilleo molesto. Enmudeció por completo al televisor, se desperezó y se levantó del sillón para descolgar el teléfono, un artilugio negro, de baquelita, comprado a un buhonero de los Encantes Viejos.

—Sí... —dijo enérgico.

—¿Sebas...?

Reconoció la voz al otro lado del hilo telefónico pero dudó. Después de tantos meses de silencio nunca pensó que le llamaría.

—¿Mabel? —titubeó nervioso.

—Sí... Soy yo...

—¿Tú?... —musitó Munárriz sorprendido.

—Tardabas en descolgar y temí no encontrarte en casa. He probado en tu móvil pero está desconectado.

—¡Es cuanto tienes que decirme!

—Por favor, Sebas —le rogó Mabel con un nudo en la garganta—. No me eches nada en cara. Ahora no, por favor te lo pido.

—Esperaba una disculpa por tu parte.

—Perdóname, pero necesito tu ayuda.

—¿Cómo te atreves...?

—No tengo tiempo de darte explicaciones —alegó Mabel—. La hija de un íntimo amigo de Rafael Vilaró, el director de La Vanguardia, ha sufrido un accidente.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Ayúdame —insistió con la voz rota—. Necesito saber qué ha pasado...

El vacío se hizo en la línea. Munárriz estaba confuso. Tras meses sin tener noticias suyas le llamaba sin ningún remordimiento, sólo para pedirle un favor. Nunca cambiaría. Sintió un impulso irrefrenable de colgar, pero se contuvo. Su corazón aún palpitaba enamorado.

—Serénate —la tranquilizó— y cuéntame qué ocurre.

—¿Te suena Carlos Ayllón? —dijo Mabel más calmada.